

No son hipótesis. Está a la vista la traza del tejido, las incongruencias, las costuras, los arrepentimientos. Más vale seguir hacia adelante sin apuro que detenerse a corregir o reparar errores y perder así el impulso que empuja la pluma **abida** sobre el papel: la pluma de ave que se **hinterrumpe** cada pocas palabras para ser **huntada** de nuevo en la tinta y de inmediato recupera su rumbo, favoreciendo en torno suyo un **amvito** estrecho de quietud que es el espacio necesario para que la **invección** y la escritura se desaten con un grado **masimo** de fertilidad. Montaigne era un señor **prospero** y tenía su castillo en medio de los campos **fertiles** de **francia**, y en su castillo la torre circular con las paredes llenas de libros y ventanas por las que entraba la luz y en las que podía descansar la mirada cuando se **fatigava** de leer o **escribir**. Cervantes es un viejo parcialmente mutilado, un veterano de guerras **antigüas**, un funcionario de dudoso **escalafon** que ha debido de escribir donde buenamente podía, en la incomodidad y el ruido de las ventas, en el trasiego de las oficinas y los molinos y **almazenes** en los que compraba o **requisava** granos, incluso en la cárcel, **donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitacion**. Los años de su plena madurez vital y del **provable** despegue de su talento narrativo los pasa casi enteros en movimiento permanente y muchas veces angustiado, no cabalgando con sosiego como Montaigne en su viaje a Italia, sino **urjido** por las obligaciones de un trabajo ingrato, montado en esas terribles mulas de alquiler que son una presencia constante en sus historias, alojándose en las ventas detestables que solo él hizo el **prodijio** de combertir en lugares **unibersales** de la imaginación.

ávida (2) o habida (1)

interrumpe
untada
ámbito
invención
máximo (2)
próspero
fértil
Francia
fatigaba
escribir
antiguas
escalafón
almacenes
requisaba
habitación
probable
urgido
prodigio
convertir (2)
universales

Total: 24 faltas

Antonio Muñoz Molina

El verano de Cervantes

No son hipótesis. Está a la vista la traza del tejido, las incongruencias, las costuras, los arrepentimientos. Más vale seguir hacia adelante sin apuro que detenerse a corregir o reparar errores y perder así el impulso que empuja la pluma ávida sobre el papel: la pluma de ave que se interrumpe cada pocas palabras para ser untada de nuevo en la tinta y de inmediato recupera su rumbo, favoreciendo en torno suyo un ámbito estrecho de quietud que es el espacio necesario para que la invención y la escritura se desaten con un grado máximo de fertilidad. Montaigne era un señor próspero y tenía su castillo en medio de los campos fértiles de Francia, y en su castillo la torre circular con las paredes llenas de libros y ventanas por las que entraba la luz y en las que podía descansar la mirada cuando se fatigaba de leer o escribir. Cervantes es un viejo parcialmente mutilado, un veterano de guerras antiguas, un funcionario de dudoso escalafón que ha debido de escribir donde buenamente podía, en la incomodidad y el ruido de las ventas, en el trasiego de las oficinas y los molinos y almacenes en los que compraba o requisaba granos, incluso en la cárcel, *donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación*. Los años de su plena madurez vital y del probable despegue de su talento narrativo los pasa casi enteros en movimiento permanente y muchas veces angustiado, no cabalgando con sosiego como Montaigne en su viaje a Italia, sino urgido por las obligaciones de un trabajo ingrato, montado en esas terribles mulas de alquiler que son una presencia constante en sus historias, alojándose en las ventas detestables que solo él hizo el prodigio de convertir en lugares universales de la imaginación.

Antonio Muñoz Molina
El verano de Cervantes